

francesa es evidente), pero la redacción de la *Galería fúnebre*, o cualquier otro motivo desconocido para nosotros, hizo que estos peregrinos *Diálogos* no superaran el estado de autógrafo. Sin embargo, pronto dejarán de ser inéditos, pues Luis Bardón y yo nos proponemos editarlos en breve críticamente, como póstumo homenaje a la memoria de aquel estrambótico personaje que los produjo. En nuestra edición intentaremos resolver todas las incógnitas que el manuscrito encierra y si los textos en él contenidos son una simple traducción o no. A ella me remito ahora, pues no tardará en ver la luz.

Con todo, quiero ofrecer ahora una primicia del manuscrito que tengo la fortuna de poseer. He escogido para ello el primer diálogo —uno de los más increíbles, bellos y absurdos—, mantenido por dos fascinantes personajes: el obispo Legerio (también conocido por *Saint Léger* por los franceses y por San Leodegario en las leyendas áureas) y Ebroíno (o Ebroín, en lengua franca *Eberwein*). Hablaré un poco de ambos.

Legerio nace hacia 616 A. D. y muere en 678. A la muerte de Clotario III, apoyó a Childerico II en perjuicio de Teodorico III, a quien sostenía Ebroíno, célebre mayordomo de palacio de la corte merovingia. Victorioso el primero de los candidatos, Legerio gobernó en su nombre, pero bien pronto los desórdenes del nuevo rey llevaron al obispo a manifestarle sus reproches, lo que precipitó al prelado al destierro en el monasterio de Luxeuil. Por su parte, Ebroíno aguardaba en la sombra una oportunidad, que llegó con la noticia del asesinato de Childerico en 675. En ese punto, tanto Legerio como Ebroíno vuelven al escenario político, pero es el segundo quien prevalece sobre el primero, pues, habiendo logrado ver reconocida la autoridad de Teodorico III como rey de Neustria y Borgoña, hace y deshace a su voluntad. Ya en el poder, Ebroíno manda sacar los ojos a su rival Legerio; hace que se pasee, descalzo y ciego, por un río de agudísimas piedras; ordena que se le arranque la lengua y se le corten los labios; lo hace decapitar, por fin, en 678. Hay que decir que el santo prelado profetizó, aun privado de la lengua, el cuándo y cómo de su muerte y de la de su adversario, y que, naturalmente, la profecía se cumplió. Muerto Legerio, los austrasianos atacan a Ebroíno, pero son derrotados. El mayordomo palatino se disponía a conquistar Austrasia cuando, en 681, perdió la vida a manos de un noble de Neustria a quien había amenazado de muerte. Las predicciones del obispo coincidieron exactamente con el modo en que fue asesinado y con la fecha en que el crimen se produjo. Por algo la Iglesia lo canonizaría más tarde.

Pues bien, son estos dos grandes ambiciosos del ocaso merovingio, estos dos últimos baluartes de la hegemonía neustriana, estos dos paladines de un mundo que se iba para no volver más, los que, después de que el azar los enfrentara a muerte en la tierra, se encuentran más allá del espejo en un coloquio delirante, por obra y gracia de la pluma mágica y demencial de Pérez Zaragoza. Al otro lado de la Estigia todo parece haber sido olvidado: la tortura, la sangre, la pesadilla del poder. Todo parece haberse desdibujado para convertirse en el *sfumato* de una lección ética, de un impreciso y vago compromiso moral. El diálogo es breve, pero no tiene desperdicio. En primer lugar, está la prodigiosa fascinación que ejerce en nuestra sensibilidad el hecho de que Zaragoza haya elegido para la primera conversación de sus *Diálogos* a unos personajes tan sugestivos como Legerio y Ebroíno, que parecen dos sombras extraídas de la tiniebla vana de los cronicones apócrifos. En segundo lugar, está el

propio coloquio, que nos sitúa en ese terreno que separa la vigilia del sueño, o los confunde. En tercer lugar, la bizarra enseñanza moral que se deduce del diálogo. O mucho me engaño, o nos hallamos cerca del más puro concepto de fantasía, de su acepción más delicada. Ello, en las letras españolas, y mucho más en las del siglo XVIII, es siempre una gratísima excepción.

LEGERIO Y EBROINO

*La vida solitaria y sencilla no tiene encantos
para un ambicioso*

Ebroino.—En medio de tantas desgracias, tengo un consuelo en hallaros en esta triste soledad.

Legerio.—Pues yo siento veros aquí, porque no puede ser sino un sacrificio estéril el que se hace sin voluntad.

Ebroino.—¿Por qué desesperáis de mi arrepentimiento? Puede ser que vuestros consejos y ejemplos me hagan mejor de lo que pensáis, y, siendo tan caritativo, deberiais aprovechar este tiempo ocioso en cuidar un poco de mí.

Legerio.—No me han puesto aquí sino para que no me mezcle en nada, y no tengo poco que hacer si he de cuidar de corregirme a mí mismo.

Ebroino.—¡Cómo! ¿Se renuncia a la caridad entrando en la soledad?

Legerio.—No, por cierto. Pediré a Dios por vos.

Ebroino.—¡Ah! Ya veo que me abandonáis como hombre indigno de recibir vuestras instrucciones. Pero no me hacéis justicia. Confieso que he sentido venir aquí, pero ahora estoy contento de haberlo hecho. He aquí el mejor final que se puede gozar. ¿No admiráis estos riachuelos que se precipitan desde las montañas, estas rocas escarpadas y cubiertas en parte de musgo, y estos antiguos árboles, tan viejos como la tierra donde están plantados? La naturaleza tiene aquí yo no sé qué de inmensidad y espanto, y, sin embargo, recrea y hace soñar cosas agradables.

Legerio.—Todas esas cosas son indiferentes al que está dominado por la ambición y las vanidades, pues, para complacerse en contemplar las bellezas del campo, necesita tener un corazón inocente y sencillo.

Ebroino.—Ya estaba yo fastidiado del mundo y de sus penalidades cuando me han hecho venir aquí.

Legerio.—Sí, muy cansado estaríais cuando lo habéis dejado por fuerza.

Ebroino.—Confieso que nunca hubiera tenido el valor necesario para darme la muerte por dejarlo, pero eso no se opone a que viviese disgustado.

Legerio.—Disgustado como un hombre que volvería a él con mucho placer y que no desea más que una puerta para entrar, ¿no es verdad? Vamos, Ebroino, os conozco. No disimuléis vuestra inquietud y confesad la verdad de buena fe.

Ebroino.—Pero, santo prelado, si volviésemos los dos al mundo, ¿no podríamos hacer bienes infinitos? Nos sostendríamos el uno al otro para proteger la virtud. Obraríamos de acuerdo para destruir cuanto se nos opusiese.

Legerio.—Confiad en vos cuanto queráis sobre vuestros desengaños pasados. Buscad pretextos para lisonjear vuestras pasiones. Yo, por mi parte, que estoy aquí desde hace más tiempo que vos, he tenido ocasión de aprender a desconfiar de mí mismo y del mundo ingrato que me ha engañado una vez y no me engañará ya más. No traté sino de haber bien y, por única recompensa, no recibí sino mal. Procuré ayudar a un monarca de buenas intenciones, y fui obligado a retirarme cuando esas intenciones cambiaron. Me devolvieron la libertad al ponerme en prisión,

pues ahora veo que es muy feliz el que no se ocupa sino en morir de nuevo tranquilamente en un destierro como éste.

Ebroíno.—No penséis en eso y mirad que, si aún nos reunimos, podemos ser dueños absolutos de todo.

Legerio.—¿De qué? ¿Del mar, del viento y de las olas? No, yo no vuelvo a embarcar después de haber naufragado. Marchad vos a buscar fortuna. Sufrid, sed desgraciado una vez más, aventuradlo todo, pareced en la flor de vuestra edad y condenaos por alborotar el mundo y por hacer que hablen de vos. Todo lo merecéis, pues que no habéis logrado ser un hombre pacífico.

Ebroíno.—¿Qué es lo que decís? ¿Es cierto que ya no apetecéis gozar de la fortuna? ¿Será posible que se halle ya enteramente extinguida la ambición en vuestro corazón?

Legerio.—¿Me creeríais si os lo dijese?

Ebroíno.—No sé qué deciros, aunque os confesaré que me costaría mucho, pues, al fin...

Legerio.—Pues no lo diré, respecto a que sería hablar con sordos. Y, en vista de que ni las penas de la prosperidad, ni las crueles adversidades que la han seguido, fueron capaces de corregiros, marchad, volved a la corte de Neustria, gobernad, haced la desgracia del mundo y, a cambio, encontraréis la vuestra.

Pocas veces la geografía del infierno ha sido descrita con más detalle. Pocas veces los atroces efectos de una condenación —o de una salvación— eterna se muestran tan estremecedoramente palpables. ¿Desde qué lugar horroroso nos hablan Ebroíno y Legerio de volver a empezar, del abandono, de la soberbia y de la mansedumbre, de Neustria y de la soledad? Ahora es cuando parece comenzar el verdadero suplicio, el auténtico sufrimiento. Lejos quedan los ojos arrancados —dulcemente arrancados—, los labios rotos, las profecías, el sueño merovingio, las cabezas cortadas. Es el primer diálogo de un libro inédito de Agustín Pérez Zaragoza, recién liberado de las sórdidas prisiones que la mediocridad oficial española ha establecido desde antiguo para albergar a todos aquellos que todavía creen en las delicias del Terror y de la Fantasía. Con él termina nuestro breve y anárquico repaso de la literatura fantástica española del siglo XVIII. Y vuelve a comenzar la lectura.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Don Ramón de la Cruz, 28.
MADRID-I.